

muestran una felicidad inestable en la cuerda floja, a punto de caer.

La autora creció en un barrio judío de clase media en Providencia, Rhode Island. Su padre, que falleció cuando ella era una adolescente, era un médico de origen ruso. Su madre era hija de polacos. Pasó por la universidad para estudiar literatura pero siempre consideró la escritura como una afición, ya que su trabajo fue durante años el de programación informática. En los 60 se casó con un psiquiatra, tuvo dos hijos, ejerció como ama de casa, y mientras tanto habilitó su *habitación propia* en el sótano de su hogar, rodeada de sus libros de cabecera. Fue paciente. No desfalleció por el escaso interés de las grandes editoriales y ya se había habituado a eso cuando el milagro ocurrió: el editor Ben George de *New York Times Review of Books* le envió tórridos correos electrónicos tan inflados de admiración que a ella le pareció un «loco» peligroso y aunque no confiaba en que saliera algo de este nuevo intento, se dejó querer. Y lo que ocurrió fue el éxito y el reconocimiento.

POR AMOR AL ARTE // «Edith jamás buscó el centro de atención. No tenía ninguna afiliación docente o profesional. Siempre se sintió atraída por la idea de que un escritor debe ser un aficionado, dándole su sentido real a esa palabra, alguien que practica un arte por amor al mismo, como puede hacerlo un atleta, y no lo considera una profesión», ha escrito el edi-

tor. «Siempre se ha sentido atraída por la idea de que un escritor debe ser un aficionado», asegura su editor

tor. Hay que tener una confianza absoluta en lo que se escribe y sin duda le ayudó el hecho de tener lectores, pocos, pero muy fieles. En especial, la escritora sudafricana Rose Moss, que siempre ha sido su primera lectora. «Si mi historia le gusta a Rose y además se publica en alguna parte, yo ya estoy contenta, no necesito más. Mi lector ideal es alguien que desea entrenarse y al que no le moleste que en algún momento se produzca un descubrimiento iluminador en el relato», ha dicho la autora, con su mejor y generoso estilo.

Ben George recuerda un momento que ejemplifica bien no solo el carácter de la escritora, también la generosidad de sus historias. Fue en la fiesta que celebraba la aparición de *Binocular Vision*. Objetivamente, había un regusto un tanto amargo en el hecho de que el reconocimiento le hubiera llegado a mediados de los 70. Ella, radiante de felicidad, no dejó escapar una sola queja: «Bueno, es verdad que tengo setenta y tantos años pero en realidad me siento como una niña de 14». No hay que dejar escapar a esta autora que asegura sacar su inspiración de la gente que la rodea, de los animales que ama o detesta –siempre hay uno de ellos paseando por el relato–, de los lugares en los que ha vivido o visitado puestos en funcionamiento gracias a los mecanismos de la memoria y el azar. ≡

otros cuatro descubrimientos tardíos

JOY WILLIAMS

Mezcla de David Lynch y realismo duro

Bien, no podemos decir que Joy Williams (Chelmsford, Massachusetts, 1944) ha sido tan ninguneada por el gran público como algunas de sus colegas, porque ya con su primera novela fue nominada al National Book Award of Fiction, pero no fue hasta 1982 cuando fue considerada de forma unánime como una maestra del relato.

Seix Barral ofrece ahora una magnífica edición de sus *Cuentos* (en el mismo formato que los también indispensables de Lydia Da-



vis) que reúne 33 relatos y que completan las novelas, publicadas por Alpha Decay, *Estado de gracia* (2015) y *Los vivos y los muertos* (2014).

Las historias de esta autora, que vive aislada en el desierto de Sonora, localizado entre México y EEUU, tienen un tono muy singular que se diría una extraña mezcla de David Lynch y el realismo norteamericano más puro y duro, con unas gotas de gótico sureño. Y eso teniendo en cuenta que Williams no se parece a nadie más que a ella misma. ≡

ELIZABETH HARDWICK

Refinada y poderosa aún orillada

Refinada intelectual neoyorquina, casada durante años con el poeta Robert Lowell de torturada convivencia por sus problemas mentales, Elizabeth Hardwick (Lexington, Kentucky, 1916-Nueva York, 2007) fue una de las fundadoras de *New York Review of Books* y también una mujer muy poderosa en el mundillo cultural.

Escribió tres novelas pero solo una, *Noches insomnes*, fue publicada en castellano, hace años por Duomo (2009). Y aunque en España ha



habido algunas voces destacando su singular estilo –Antonio Muñoz Molina, sin ir más lejos– lo cierto es que sigue siendo una gran desconocida para el público, aunque recibió la Medalla de Oro de la Academia Estadounidense de las Artes y las Letras.

Esa novela, que sigue el ritmo de las evocaciones y del enloquecimiento narrativo que provoca la falta de sueño del título, fue escrita tras la muerte de Lowell y podría considerarse una especie de autobiografía esquinada. ≡

JOAN DIDION

Precisa y cruda como un escalpelo

Sí, Joan Didion (Sacramento, California, 1934) siempre ha sido una escritora y guionista cinematográfica respetada. Sin embargo, el reconocimiento planetario le llegó, con un libro estremecedor, *El año del pensamiento mágico* (2006, Random House Mondadori), escrito a raíz de la muerte de su marido, John Gregory Dunne, y poco después de su hija Quintana, que la trajo de vuelta al lugar que siempre le ha correspondido, el de los gran-



des autores, y que ha motivado en los últimos tiempos el rescate de buena parte de sus ficciones y crónicas.

Nadie ha utilizado el escalpelo de la prosa con la precisión y crudeza que la autora gracias a un estilo caracterizado por el uso de la frase breve y contundente, en el que la claridad y la sencillez no suponen simplificar las cosas sino todo lo contrario. Ese es su sello. Random House ha recuperado en los últimos tiempos buena parte de su obra. ≡

LUCIA BERLIN

Merecida recuperación comercial

Dotada de una de esas biografías que marcan una buena campaña de promoción –tres maridos fracasados, una vida laboral muy precaria, alcoholismo, poca repercusión mediática y finalmente caída en el olvido– Lucia Berlin (Juneau, Alaska, 1936-Los Ángeles, 2004) ha sido una de las recuperaciones comerciales más espectaculares de los últimos años.

Su libro de cuentos *Manual para mujeres de la limpieza* –editado



aquí por Alfaguara y que ejemplifica muchas de las crueles experiencias en la vida de la autora– estuvo durante semanas en lo más alto del ranking de ventas. Durante años se solía sostener que los relatos de Raymond Carver ejemplificaban la mejor maestría del cuento norteamericano –siempre con permiso de John Cheever– pero lo cierto es que en muchas ocasiones Berlin gana por goleada. ¿Hay alguien que todavía no la haya leído? ≡

ideas



DOMINGO
Ródenas

Algo más que lectura de verano

Describir el carácter o el aspecto de alguien lo hace todo el mundo todos los días. Fijar con palabras exactas un perfil psicológico o una presencia es menos frecuente porque requiere no solo aptitudes literarias, sino capacidad de observación, síntesis e interpretación. La pintura primera y la fotografía después permitieron la captación del rostro y en él el gesto de desdén o bondad, de perfidia o mansedumbre. Pero la posibilidad de enlazar esas cualidades o defectos con el ocurrir de la vida en forma de anécdotas o testimonios quedaba reservada al retrato de palabras. La semblanza es un género que puede vestirse de sátira o elogio, de caricatura afectuosa o degradante, de evocación o reprimenda.

De todo eso hay en *Examen de ingenios* (Seix Barral) de José Manuel Caballero Bonald, un álbum de retratos que es también una colección de recuerdos: los de su relación con los retratados, lo que con-

Caballero Bonald publica un afortunado cóctel de observación de sujetos y lenguaje

vierte el libro en unas amenísimas memorias del último poeta de la generación de los 50. Aquí están sus correligionarios en verso (Celaya, Otero, Ángel González, Costafreda, Valente, Claudio Rodríguez, Gil de Biedma, Barral, Brines...) y prosa (Ferlosio, Aldecoa, Matute, Marsé, Juan Goytisolo), también los escritores latinoamericanos que tan afines son a su estilo barroco y a su imaginación mítica (García Márquez, Cortázar, Cabrera Infante, Mutis, Fuentes, Vargas Llosa...), incluidos maestros anteriores como Borges, Lezama Lima, Paz y Rulfo. Pero esa nómina impresionante de talentos y talantes a veces esquinados se añaden gentes de generaciones anteriores como Baroja y León Felipe, Carles Riba y Max Aub, o de profesiones ajenas a las letras, como la Niña de los Peines y el torero Rafael de Paula. Una rueda de reconocimientos de su educación estética y sentimental.

Pero lo que garantiza el interés es el estilo, una mezcla de prosa de alto voltaje literario y destreza para la captación del rasgo que identifica y cala al personaje. Un cóctel afortunado entre lenguaje y observación de la conducta y la índole de los sujetos. Y de esa alianza surge un libro excelente que perdurará más allá de la recomendable lectura refrescante del verano. ≡